

Frente libertario

Madrid 28 de septiembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 589

GUERRA Y ECONOMIA

En la guerra termina por triunfar, no el que más avanza en los frentes, sino el que más organiza la producción

Fué opinión muy acentuada antes de la guerra europea, que ésta sería de corta duración, ya que se pensaba que los formidables medios de combate de que disponían los ejércitos en lucha darían lugar a que ésta se decidiera en unas pocas batallas que aniquilarían totalmente al que resultase derrotado. Y, sin embargo, las predicciones en este sentido fallaron completamente. No sólo no se decidió la guerra en unas cuantas grandes batallas, no sólo no fué de corta duración, sino que durante cuatro años arrasó los campos de Europa, y sólo terminó con el agotamiento completo de una de las partes en lucha. Agotamiento que fué, no de material de guerra, no de armamentos, sino de reservas económicas. Triunfaron en la guerra de 1914-1918 quienes tuvieron más reservas, no quienes tuvieron más armas. Esto, que quedó probado sin dudas de ninguna clase en aquella ocasión, subsiste, en igualdad de circunstancias, en los momentos actuales. De ahí que para nosotros tenga primordial interés una acertada organización de la producción, ya que en ésta reside, en última instancia, el triunfo definitivo.

Más importante que una victoria o una derrota en los frentes de batalla tiene una acertada organización de la economía; máxime cuando la farsa criminal de la no intervención nos deja reducidos a lo que nosotros mismos estamos en condiciones de producir. Los veintiséis meses de guerra que padecemos han puesto claramente de manifiesto que no hay triunfos ni derrotas definitivas; serán más o menos trascendentes, pero en manera alguna deciden la guerra. Esta se decide, única y exclusivamente, en última instancia, por la organización económica de la retaguardia productiva, por la utilización, al máximo, de los recursos que esa organización y esa retaguardia puede brindarnos. De aquí que nos encontremos en la obligación ineludible de dedicar todos nuestros desvelos y nuestras más cuidadosas atenciones a las tareas de la producción y de la organización de la retaguardia. Porque es ésta, sólo ésta, la que rubrica los triunfos que los frentes ponen a la firma de los pueblos.

No creemos sea acertado pensar de otra manera; una atención intensa para los frentes de batalla, respaldada por una atención, más intensa aún, a los frentes de la producción; he ahí nuestra garantía y razón de triunfo definitivo. Porque donde un desbarajuste económico impera, por muy heroicos que sean los soldados que combaten y que cu-

bren las líneas avanzadas de los frentes de batalla, no hay victoria posible. Esta nace en la entraña de la producción y de la economía. Los ejércitos de combatientes son el brazo de la victoria, pero la producción, la economía, son sus vísceras, son su corazón. Son, pues, el motor que impulsa a las tropas a los éxitos militares, sosteniendo su moral

LA VAGANCIA EN LA CIUDAD

Rendimiento efectivo y austeridad necesaria

Reproducíamos ayer un trabajo de nuestro fraternal colega "C N T" titulaba "La vagancia en el campo".

Sugestionados por el título, tratamos hoy en estas columnas de los efectos en la ciudad del microbio de la vagancia, presentada falsamente como actividad productora, merced a la complicidad de elementos que desde ningún puesto sintieron jamás las necesidades del momento.

El ritmo intenso y acelerado impuesto a las actividades por la guerra que padecemos, parece no haber llegado a muchos elementos que de una forma disimulada a veces, y en ocasiones, descaradamente, hurtan sus esfuerzos a la obra de beneficio común.

No basta un nombramiento, no basta una credencial, no basta ostentar un cargo, aun "oficial" y "bata" para que las actividades del que lo desempeña sean de rendimiento efectivo.

Porque reconoceremos todos que a la sagrada causa de la Libertad no se le sirve encastillándose en la propia conveniencia, con exclusión, o por lo menos, con indiferencia de las necesidades comunes.

A la causa de la Libertad no se le sirve desde las mesas del Negresco ni desde los palcos del Martín.

A la causa de la Libertad no se le sirve dosificando por horas el empleo de la capacidad productora, que en ocasiones se reduce a fiscalizar la producción de los demás.

Las circunstancias actuales exigen

de combate, cubriendo todas sus necesidades materiales, haciendo, en pocas palabras, que estén en condiciones de luchar y de vencer.

Dediquemos intensa atención a todas las tareas de la producción y no nos dejemos arrastrar por el espejismo de que las guerras se ganan exclusivamente en las grandes batallas. La victoria en la guerra, más aún, en una guerra con las acusadas características de aislamiento que por nuestra parte tiene la que estamos manteniendo, es siempre el último resultado de una organización económica acertada y rigurosa, en la que no se descuide ningún detalle, por insignificante que parezca, y en la que todas las fuerzas auténticamente productivas, auténticamente proletarias, rindan el máximo resultado eficaz.

de los ciudadanos algo más que una continuada protesta de antifascismo renovador, mientras la desgana y la rutina entorpecen la marcha de los asuntos, ahora todos urgentes.

La vagancia, el microbio adormecedor de la vagancia, no puede en modo alguno atacar a quienes, por propio instinto de conservación, deben exprimir los propios cerebros y los propios músculos en ayuda de la producción, que es defensa salvadora.

Y no puede haber el "¡vuelva usted mañana!" "Mañana", no debe existir en nuestros esfuerzos. El "mañana" es el cuenta-gotas de "nunca" y los asuntos todos han de resolverse "hoy" y mejor estar resueltos desde "ayer".

No puede haber el desequilibrio de alimentación producido por el acaramiento y la especulación.

No puede existir la tranquilidad exclusivamente animal de los que, amparados en pretéritos favores concedidos, engordan al margen de la guerra, mientras el productor, el verdadero productor, con las manos encallecidas o el cerebro agobiado, se debate entre las restricciones que imponen las circunstancias.

No puede tolerarse la existencia de los "antifascistas por horas", taxímetros del esfuerzo obligado...

No puede tolerarse la crítica, nó siempre imparcial, entre el humo del café y el olor del tabaco exótico, respaldada por un diván de cervecría...

Ritmo de guerra... rendimiento efectivo...

Todo parece que queda reducido a aumentos progresivos de organismos que hagan justificar las alteraciones económicas.

Y se han olvidado desde los puestos, a las entidades que hicieron cubrirlos y el individuo ha sucedido al organizado y el morbo de la rutina burocrática ha adormecido al entusiasmo renovador de procedimientos.

Y se vive..., y se cobra..., y se piensa en mañana..., en un mañana egoísta que permita recoger la recompensa individual, a expensas del esfuerzo colectivo...

Y el rendimiento, dosificado por la comodidad y la austeridad en plan de teoría... y las voces se levantan, veladas por las digestiones laboriosas, a protestar sentimentalmente de los "horrores de la guerra"... Y se comentan los partes del Ministerio de Defensa, con las frases de "...hemos avanzado..., hemos tomado tal cota"... ¡HEMOS!

Y se espera que llegue mañana para seguir tratando "del mismo asunto"; es decir, para continuar adormeciendo el ritmo que debe imponerse a estas horas.

Las causas de estas anomalías, las conocemos todos. Es producto del egoísmo humano, es la obra del microbio de la indiferencia...; pero todos los microbios tienen medidas profilácticas que impidan su desarrollo, y en este caso la medida que se impone es la total extirpación de la vagancia, esté donde esté, porque si un individuo que en las horas solemnes que vivimos se siente desligado del esfuerzo y el anhelo colectivo, no merece convivir con quienes entregan a la causa de la Libertad lo único que pueden entregar, su amor, su trabajo y su vida.



CINCO DIAS DE PERMISO

Cipriano Mera, de paisano

El gran luchador confederal ha estado en Madrid, disfrutando de cinco días de permiso que reglamentariamente le correspondían en su vida de militar. Sin embargo, en estos cinco días nadie ha podido encontrarse por esas calles con su uniforme galoneado: Cipriano Mera ha tenido especial interés en vivir estas horas madrileñas de paisano. Y ha disfrutado de estos días, en que las obligaciones podían ser sustituidas por el gusto, fundiéndose en el Pueblo, siendo el hombre municipal, el obrero fiel a su viejo oficio. Así le hemos visto reintegrarse transitoriamente a su hogar y a su Sindicato, o, lo que es lo mismo, a sus dos hogares: el del amor y el del trabajo.

Quiere esto decir que Cipriano Mera ha renunciado, con un gesto sencillo y verdadero, por lo mismo que rebuye toda ostentación, a su gloria militar, que nadie puede disputarle, ya que en pocas ocasiones puede afirmarse, como en ésta, que renunciar es poseer. En realidad, a lo que se renuncia en estos casos es al halago de la vanidad, cuando verdaderamente no se tiene. Y cómo ha de tenerla un hombre como Cipriano Mera, tan dentro de su realidad humana y social? Su personalidad se afirma, a través de su vida de luchas y sacrificios, sobre su carácter, cuya reciedumbre no es sensible a este halago...

Otra cosa distinta es el orgullo; pero —entendámonos— ese íntimo orgullo de quien tampoco es orgulloso. Orgullo de haber encontrado en sí mismo fuerzas bastantes para realizar lo que su conciencia le señalaba como un deber, y era a la vez un imperativo de su corazón. Orgullo que no se manifiesta al exterior; pero que se descubre en el brillo de la mirada y el pliegue de la sonrisa, como en esta anécdota, que no nos resistimos a contar a nuestros lectores, por lo que tiene de revelador.

Ya hemos dicho que en estos cinco días de permiso Cipriano Mera no ha vestido su uniforme militar, para poder identificarse mejor con el Pueblo, para participar plenamente de su existencia ciudadana. Así ha podido gozar del anonimato en la sala de un cine, entre un público popular, como es hoy todo público, en nuestra ciudad, glorificada por el pueblo. Y como no ha cambiado su uniforme por unas ropas nuevas, en cuya elección, por quienes truecan un traje por otro, estamos viendo a diario asomar un prurito de ostentación; como se ha vestido para ir al cine su viejo mono, de peto y sin mangas, hecho sólo para el trabajo, no se acomoda bien en él la pistola, único signo de su condición militar, si bien oculto que lleva consigo. No se acomoda bien la pistola a su traje proletario; por eso, al rebullirse en su asiento ante una escena de punzante comicidad, de la que participa con la misma alegría que sus hijos, la pistola se escapa del sitio en que la lleva escondida y rueda por el suelo. Rápidamente, un poco cohibido por el temor de ser descubierto, como niño que teme ser cogido en una falta, se apresura a re-

cogerla, olvidándose en seguida de aquel incidente, para gozar de nuevo del espectáculo. Pero hay alguien para quien no ha pasado inadvertida aquella escena de la sala: un policía, que cumpliendo con su deber, se dispone a detenerlo a la salida del cine, para que explique cumplidamente el porqué de llevar aquella arma. Va a poner su mano en el hombro de aquel espectador, a quien él no conoce. Pero en el mismo instante, alguien que sale a su lado y se ha dado cuenta de su intención, detiene su ademán con un codazo, en tanto le advierte:

—¡Si es Mera!...

Al oír su nombre y mirar a su alrededor, el viejo anarquista percibe al instante el porqué del pequeño revuelo habido junto a él. Bien de otra manera había visto producirse escenas semejantes en otro tiempo, cuando su nombre no podía tener la eficacia de ahora para un representante de la autoridad. Y sigue su camino, rodeado de los suyos, perdido de nuevo en el anónimo de la multitud, que se empuja en olas hacia la calle, como un río caudal. En los ojos de Cipriano Mera un brillo de alegría, reflejo de un noble orgullo interior: el de ser identificado por el pueblo, con el cual se está identificando; el de saberse una gota en ese río; pero gota que contiene a su vez el río, como breve espejo. Orgullo de ser aún más que un gran jefe del Ejército del Pueblo; de ser Pueblo mismo.

Y por eso, porque pone su condición de hombre del pueblo por encima de todo, Cipriano Mera ha podido dar este magnífico ejemplo de reintegración a la vida civil y sindical. El trágico accidente de la guerra ha podido lanzarlo a ella; pero no por veleidades de militar, sino por espíritu revolucionario. Sus dotes extraordinarios de luchador han podido llevarlo, en el camino de la guerra contra facciosos y fascistas, a un destacado puesto de mando. Pero sin duda, para él, la graduación que pueda conseguir en el Ejército, por alta que sea, no tiene más valor que el uniforme, que está dispuesto a quitarse en cuanto se incorpora a la vida ciudadana, deseoso de recuperar su verdadera personalidad. Y para que quede más clara su intención, no se compra un traje nuevo para salir a la calle, sino que se limita a vestir sus ropas de obrero, las mismas que vestía su cuerpo, cetrino y enjuto, antes del 18 de julio de 1936; acaso las mismas con las cuales salió de la cárcel, donde le había llevado su actuación en la última huelga del ramo de la Construcción, para lanzarse al asalto del Cuartel de la Montaña. Con lo cual quedaba demostrado que quienes eran encerrados en una celda por soñar con la Revolución serían los que, llevando sus sueños a la guerra, triunfarían de la reacción y prepararían, en primer término, la victoria del Estado republicano que los encarcelaba.

Ejemplar siempre en su conducta, Cipriano Mera se anticipa, con este gesto, del que Madrid acaba de ser testigo, durante cinco días, a resolver un problema que se planteará a la inmediata terminación de la gue-

rra: el de la reincorporación de los militares a la vida civil; hecho que pondrá a prueba el carácter de cada uno; problema que no puede resolverse de otro modo que como acaba de indicarlo, con su conducta, el gran luchador confederal, hoy teniente coronel del Ejército de la República.

El Pueblo lucha por su libertad y su independencia, es decir, por recobrar a sí mismo. Para ello ha tenido que entregarse a una guerra cruenta. Sin embargo, desde el ángulo que él hace la guerra, el revolucionario sigue siendo enemigo de ella, hoy como ayer. Su verdadera personalidad es la que se forja en la paz; y la formidable personalidad del pueblo español se levantará de nuevo, forjada en el trabajo, cuando todos y cada uno recuperen personalidad propia, volviendo a su oficio, y la obligada disciplina de los ejércitos se trueque en la voluntaria disciplina sindical.

Valentín DE PEDRO

Visado por la censura



INADVERTIDO. — Cortina del incógnito.

INAMOVIBLE. — Renunciación con credencial.

INANICION. — Latigazo de la Naturaleza a la conciencia humana.

INAUGURACION. — Música, algunas veces flores, discursos, y... probable estreno.

INCALIFICABLE. — Manera de llamar educadamente a una acción que todos sabemos calificar.

INCAUTO. — Ejemplar raro que cree aún que todas son personas decentes.

INCERTIDUMBRE. — Balancín de la credulidad.

INCIDENTE. — "Revuelillo" que siempre termina en explicaciones.

INCIENSO. — Vértigo de alturas.

INCERTO. — Como se llama al embuste, cuando el que tiene que decirlo es inferior en categoría al embustero.

INCLEMENCIA. — Rotura de las amarras del sentimiento. "Las inclemencias del tiempo", es un camelo, que no existiría si los hombres fueran verdaderamente "humanos".

INCLINACION. — Poner la proa al destino.

INCLUSA. — Exposición de la cobardía social.

INCOGNITO. — El que está deseando que lo conozcan.

Hora es ya de pensar, en ese rato cotidiano, en el cual, pese a nosotros, nos hace mirar hacia dentro la propia conciencia, si no debe ser alejada de nosotros toda idea de personalismo, de utilidad privada.

Piensen los egoístas con barniz jesuítico de defensores de la Libertad...

Piensen los hartos en el festín clandestino de su propia ambición...

Piensen los avaros del trabajo, los tramoyistas de la austeridad, los sordos del deber...

Piensen que vegetando al sol turbio del desconcierto social, no podrán vivir bajo el sol claro y ardiente de la libertad ganada...

Piensen que los resoplidos bestiales de la gula satisfecha pueden ser la llamada angustiosa de miles de estómagos debilitados... y las llamadas del estómago se traducen en crispaciones de extremidades...

Piensen que la mirada cobarde y huidiza del que ha negado su ayuda diáfana a la causa común, no podrá jamás responder ni sostener la mirada dura, pero honrada y clara del que dio a la Libertad y la Justicia todo lo que tenía...

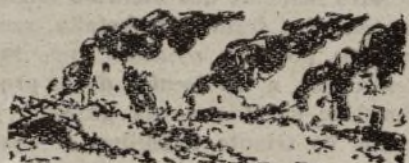
Piensen que mientras se destiza la vida entre humo de cigarrillos y de café y despercezos de piernas, hay unos hombre que respiran con dificultad entre humo de pólvora, gases de trilita y encogidos en la trinchera lejana, lejana por fortuna...

Piensen que su despena bien provista es una acusación de traición a la Humanidad...

Que cada lata de leche, puede ser la vida de un niño, de un enfermo, o una concesión vergonzosa... y el equilibrio social no admite impunidades...

Piensen que si el pueblo parece que no advierte los disimulos, las negaciones, las maniobras, la teatralidad, si los advierte y los guarda, y espera, porque el pueblo sabe y puede esperar, porque todo el tiempo es suyo...

Y piensen que a pesar de todos los inconvenientes, a pesar de todas las apariencias, a pesar de todos los intentos, el pueblo, por sí, en nombre de la Verdad y la Justicia, dictará su fallo inapelable contra los que en su tiempo le negaron el apoyo que le era necesario.



S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.